

# ¿EL QUE ENCUENTRA GUARDA?

Por **Mabel Latsha**

-AQUÍ tienen, muchachos, una brillante moneda de un peso para cada uno -dijo el Sr. Grau muy complacido al mirar el césped que los tres muchachos acababan de rastrillar y limpiar. Carlos, Rodolfo y Benito quedaron contentos con el pago que recibieron. Mientras caminaban por el sendero arbolado, de regreso a sus casas, intercambiaban ideas en cuanto a cómo gastarían su dinero.

-Yo compraré golosinas -anunció Rodolfo.

-Yo también -fue la decisión de Carlos-. ¡Qué lindo será elegir tantas golosinas juntas y luego pagarlas con mi propio dinero! ¿Y tú, Benito?

-Bueno, este es el primer dinero que gano. Estoy bastante orgulloso de ello, de modo que me parece que esperaré un poco antes de gastarlo, a lo menos hasta que vea algo que realmente quiera tener.

Tres días después los muchachos se encontraron de nuevo. Benito todavía tenía el dinero en el bolsillo.

-¿Todavía no gastaste tu chinero? preguntó sorprendido Rodolfo.

-Todavía no -respondió Benito-. Mamá dice que mañana después de las clases puedo ir con ella al pueblo y entonces quiero comprarme uno de esos botecitos que son tan lindos para usar en el arroyo.

Carlos arrugó la frente.

-Oye, ¿por qué no pensaste en eso antes de que Rodolfo y yo gastáramos el dinero en golosinas? Ahora nuestro dinero se fue y también las golosinas, Pero si cada uno de nosotros tuviera un bote...

En ese momento los muchachos oyeron relinchar un caballo. Mirando hacia el galpón vieron allí los caballos y el poney.

-Se me ocurre una idea -anunció Rodolfo-. Preguntémosle a papá si podemos andar a caballo. Así, al mismo tiempo que los caballos hacen ejercicio, nosotros nos divertiremos.

El papá estuvo de acuerdo con la propuesta que ellos le hicieron y durante una hora o más los muchachos anduvieron a caballo.

-Bueno, muchachos -dijo Rodolfo mirando el reloj-, tengo que ir a hacer mis tareas. Llevemos de vuelta los caballos.

Benito seguía a sus amigos, montado en su poney el cual, para gran satisfacción de Benito, tenía que galopar de vez en cuando para mantenerse a la par con los caballos de sus amigos. Habían llegado cerca del granero y, evidentemente, al poney se, le ocurrió que antes de que lo llevaran al corral, le darían una ración extra de avena, Y en lugar de galopar como lo había hecho de vez en cuando, se echó a correr tan desenfrenadamente que casi despidió al jinete que llevaba.

Benito se alegró por haber podido mantenerse en su cabalgadura, pero cuando bajó, se acordó de algo, y comenzó a registrarse los bolsillos.

-¿Qué te pasa? ¿Te falta algo? -le preguntó en broma Rodolfo.

-¡Perdí mi moneda! Estaba en mi bolsillo, pero... -dijo palpándose el bolsillo de atrás- ya no está aquí. Debe haber saltado cuando el poney se echó a correr como loco.

Los tres muchachos registraron cuidadosamente el camino, y al día siguiente Benito volvió para buscarla



de nuevo, pero finalmente admitió:

-Tendré que darme por vencido. Ese dinero está perdido para siempre.

Transcurrió una semana. Era domingo de mañana. Rodolfo se dirigía al galpón para realizar sus tareas. Antes del amanecer había caído una lluvia y ahora todo estaba fresco y limpio. Al saltar sobre un charco de agua que había en el camino, Rodolfo vio algo que le llamó la atención.

"¡La moneda de Benito! -exclamó-. La lluvia le sacó el polvo. De lo contrario no la hubiera visto. ¡Qué sorpresa se llevará Benito!"

De pronto acudió a su mente otro pensamiento. "El que encuentra, guarda", se dijo casi en voz alta. Mientras realizaba sus tareas en el galpón, Rodolfo trató de convencerse de que su plan de guardar el dinero era honrado. No obstante, no tenía la menor intención de comentar el asunto con sus padres. Poco después del desayuno oyó que Benito y Carlos lo llamaban.

"¡Oh, no! -admitió-. Hoy no quiero verlos".

No contestó, con la esperanza de que se fueran, y para más seguridad, se dirigió a su cuarto. Desde allí oyó que llamaban a la puerta del frente y que su madre les decía:

- ¡Estoy segura de que estará encantado de acompañarlos en la caminata hasta el fuerte! Esperen un momento, veré si está en su cuarto.

Como un relámpago, Rodolfo se escondió debajo de la cama. Pero, ¡qué miserable se sintió! No sólo se estaba escondiendo de sus amigos, sino también de su propia madre.

Cuando todo quedó en silencio, salió gateando de su escondite se dirigió a la ventana. Evidentemente sus amigos pensaron que quizás estaría en el galpón, y hacia allá iban.

Rodolfo no aguantó más. Irguiéndose cuan alto era, se dijo:

"¡Estoy actuando en forma ruin y deshonesto, y eso me molesta mucho! Esta moneda le pertenece a Benito y no a mí. Iré inmediatamente, y se la devolveré".

Y diciendo así, salió de su cuarto como un torbellino, al punto de que casi se lleva por delante a su madre que estaba en el pasillo.

-¿Dónde has estado, Rodolfo? -le preguntó ella.

Dirigiéndole una alegre sonrisa, Rodolfo le respondió:

-Volveré en seguida, mamá. Pero en este momento tengo que cumplir un acto de honradez.